



Introducción

Coordinador del monográfico

FRANCISCO VEIGA

Catedrático acreditado, Universitat Autònoma de Barcelona



En esta nueva edición de los monográficos de *Tiempo devorado*, hemos vuelto a recurrir a los parámetros habituales en nuestra publicación: la combinación de autores veteranos y noveles, de enfoques y de Historia comparada. El asunto central de esta compilación se refiere al auge de la ultraderecha en Europa desde el final de la Guerra Fría, marco temporal habitual de nuestros estudios. El subtítulo no contiene ninguna errata, como puede parecer a simple vista: el “retorno” de la “nueva ultraderecha” juega con la alusión a ese Fénix que nunca hubo de renacer de sus cenizas porque nunca ardió. La nueva ultraderecha no es, en este sentido, nueva. La ultraderecha y/o el neofascismo estuvieron vivos y presentes en Europa occidental desde 1945 de forma evidente, a través de partidos y movimientos que difuminaron el sentido de sus siglas para evitar la ilegalización o poder ganar escaños en los respectivos parlamentos alegando que eran partidos democráticos; pero guardaban casi intacta su orientación ideológica histórica.

Esa situación comenzó a cambiar sustancialmente desde el final de la Guerra Fría. El hecho de que Occidente hubiera vencido al comunismo –por explicarlo en sus propios términos- no implicaba una desmovilización de la ultraderecha, sino todo lo contrario: a sus ojos validaba la lucha aparentemente perdida en 1945 por la “ceguera” de los Aliados occidentales. Además, pronto vinieron a sumarse

nuevos enemigos: los regímenes huérfanos de la desaparecida Unión Soviética y el islamismo.

Pero sobre todo, desde el Este llegaron refuerzos: el colapso del bloque soviético y la misma URSS dieron paso al surgimiento de partidos ultraderechistas y/o neofascistas. Es interesante considerar que algunos de ellos ya empezaron a sacar la cabeza años antes de la desaparición de la Unión Soviética o la caída del Muro (en Europa del Este). Sergey Sukhankin explica en su artículo lo sucedido con el Frente Nacional Patriótico *Pamyat* (“Memoria”) surgido inicialmente como una asociación cultural para la defensa de la memoria histórica, a mediados de los años ochenta, y que derivó rápidamente hacia una línea política ultraconservadora y antisemita con la *Perestroika*.

Pero aunque célebre y significativo, no fue el único caso. A lo largo de los años noventa, el ultranacionalismo y el neofascismo crecieron en el Este. Desde Occidente no se le atribuyó la necesaria atención al fenómeno o, simplemente, no se quiso ver. A principios de los años noventa, lo importante era luchar contra los supuestos restos del comunismo que todavía, se creía, subsistían en el Este; y aquel que lo hacía era un freedom fighter, sin más. Cuando grupos de ultraderecha se aliaron con otros de la ultraizquierda, incluso comunista, tampoco se le atribuyó mayor significado: en todo caso, eran extravagancias políticas propias del Este de Europa. De esa forma, la aparición de grupos paramilitares neonazis o ultraderechistas en las guerras de la ex Yugoslavia, y más tarde en los conflictos de Georgia o Ucrania, se convirtieron en verdaderos focos de reactivación de neofascismo armado, en una escala no vista en Europa desde la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, las alianzas rojo-pardas en Rusia, Rumania o Serbia, anticiparon esa dinámica por la cual lo que posteriormente se dió en llamar populismo de derechas se terminó identificando en muchos casos con el populismo de izquierdas; y la ultraderecha en algunos países europeos adaptó parte del lenguaje y la gestualidad de la izquierda a su discurso electoral. Ese es precisamente, parte del argumento que se encuentra en el artículo de Francisco Veiga y Carlos González Villa sobre el impacto de la ultraderecha del Este en el mapa político europeo entre 1991 y 2017.

Este proceso de transición experimentado por la ultraderecha puede entenderse desde el interior del mismo Frente Nacional francés en un periodo más extenso, entre 1974 y 2014, a partir de la detallada contribución de Ferran Gallego Margalef. Precisamente, la continuidad o discontinuidad entre el fascismo histórico, el neofascismo de los años cincuenta y sesenta, y la actual evolución de la ultraderecha, es el asunto de los artículos de Rastko Močnik y Eduardo González Calleja. El primero desarrolla un muy interesante esfuerzo teórico en la definición de los trazos que definen la actual evolución de lo que denomina post-fascismo de

(en contraposición al post-socialismo), el cual “no es ni la salvación de la dominación de clase existente, sino la introducción de una nueva dominación de clase”. Por otra parte, en la línea de otros estudiosos actuales, como por ejemplo Marlène Laruelle¹, experta en eurasianismo, Močnik le otorga un papel central a la “cultura nacional”, que “por definición es monista e interiormente opresiva”:

“En ausencia de ilusiones capitalistas fuertes, la dominación ideológica fue asumida por la ‘cultura nacional’: el reino de la creencia cultural presumiblemente ‘neutral’ se articuló directamente en la lengua nacional, el reino del conocimiento socialmente cohesivo. La ‘cultura nacional’ comenzó a funcionar como el conocimiento nativo secreto en la posesión exclusiva de los miembros de la comunidad, y definir la identidad de los individuos identitarios”².

La aportación de González Calleja se centra más en un modelo práctico que también marca la diferencia entre el neofascismo histórico de los años sesenta y setenta. En este caso, asociado a la estrategia de la tensión en Europa, esto es, con algunos aparatos de inteligencia y seguridad occidentales y dictaduras a ambos lados del Atlántico. Es, en cualquier caso, un perfil de neofascismo conspirativo que en la actualidad, sin que haya desaparecido, está muy superado en su faceta armada y paramilitar, por las unidades de combate de signo neonazi o ultra que han luchado en algunas repúblicas ex yugoslavas, Ucrania e incluso Irak.

Dentro de la temática referida a la última evolución del denominado populismo de ultraderecha, terminología recién acuñada ha entrado con fuerza, destacando en especial la “posverdad” asociada a la campaña electoral de Donald Trump, pero también a la del referéndum sobre el Brexit, proclamada palabra del año 2016 por el Diccionario Oxford. Ramón Moles le dedica un artículo muy original centrado en nuevas propuestas para el análisis metodológico del término asociado a otros como el *factchecking*, el totalismo, el pluralismo sesgado y otras.

Para concluir, Joan Pubill abre una ventana al ultranacionalismo en Oriente centrado en su resurgimiento en Japón desde comienzos del siglo XXI, aunque muy relacionada, todavía, con la actitud de la sociedad nipona hacia la Segunda Guerra Mundial, que oscila entre la culpa y el victimismo. Pero quizá lo más relevante del auge del ultranacionalismo en Asia sea la consideración de que allí los movimientos y partidos de esa tendencia agrupan a millones de seguidores, en consonancia con la potencia demográfica del continente. Lo que, a la postre, le confiere cierta categoría de nuevo gran escenario político a escala internacional, o incluso algo así como “retaguardia” de la ultraderecha europea en lo que tiene

¹ “Eurasianismo. Una corriente no tan exótica”, reseña en este mismo número, pp. 237-241

² Močnik (2017), art. publicado en este número, pag. 158

de inspiradora dogmática de estas formas de ultranacionalismo cuyo origen no siempre se enraiza en la cultura autóctona.

Para concluir, señalar dos novedades recogidas en este monográfico. En primer lugar, la reseña del Tercer Networking de Historia Actual dedicado una vez más la ultraderecha y titulado: *From the Right Wing to the Far Right: New Discourses, New Stages* (*De la derecha a la ultraderecha. Nuevos discursos, nuevas tribunas*), celebrado el 3 de marzo, y en el cual se invitó a varios profesores y periodistas europeos especializados. Evento que como el mismo número de *Tiempo devorado* forma parte de las actividades del I + D titulado: “Perfiles de la extrema derecha europea en la posguerra fría. Tendencias transideológicas y transversalidad de las bases sociales” en el cual participan miembros del GReHA.